

Saltillo y Monterrey en la historia del noreste

Discurso de ingreso a la Sociedad

Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística

Jesús Alfonso Arreola Pérez

El título asignado a esta intervención es sugerente. Mucho se ha contado y escrito de la historia de estas dos poblaciones y no se ha dicho todo. Mucho se ha escrito desde luego de Monterrey y desde la temprana edad de la población, cuando era incierto aún su destino.

En años no lejanos, en la década de los treinta Vito Alessio Robles, publicó tres monografías: *Saltillo en la historia y en la leyenda*; *Acapulco en la historia y en la leyenda* y *Monterrey en la historia y en la leyenda*. Dijo su propósito: “contribuir a la divulgación de la historia; promover el turismo dando a conocer la influencia política de estas ciudades en la región”.

El esquema de las monografías, cambiando de una a otra el orden de los temas, incluía, además de lo histórico, aspectos de geografía, economía, vías de comunicación y de religión. Las monografías de Saltillo y Monterrey tocaban el asunto de la judería.

Don Vito sentenció:

Cuando se conoce, así sea someramente, la historia de un lugar, las piedras hablan y el espíritu se enciende.

Por lo mucho que se ha avanzado en el conocimiento de los orígenes y desarrollo de esta comunidad, aquí se ha producido ya un inmenso y constante vocerío y se siente la calidez de la flama que ilumina el camino donde se han unido Monterrey y Saltillo.

Pero no siempre fue así para los saltillenses. Tuvieron que pasar casi doscientos años luego de establecida la población, para que se esbozara su primera historia; borrosa por la lejanía en la perspectiva, trasluciendo fechas y nombres, por la falta de datos. Explicable aquella confusa visión histórica, pero loable y extraordinario esfuerzo del bachiller Pedro Fuentes, su autor, por producirla cuando Saltillo crecía y hacia crecer las torres de la iglesia de Santiago con pretensiones tempranas de ser catedral.

Cuando Alonso de León, Juan Bautista Chapa y Fernando Sánchez de Zamora, en aquella primera historia de Nuevo León, en el siglo XVI, a pocos más de 50 años de fundado Monterrey y refiriéndose a los pobladores de esta ciudad, dijeron:

...Pasaron algunos años desde la salida que hicieron los españoles de este reino y como la villa de Saltillo es corto albergue a hombres de ánimos magnánimos y el Capitán Diego de Montemayor lo era...

Encendieron animadversiones y estériles dimes y diretes en los que obliga y vulgar respuesta aludía a la condición de ofendido de Montemayor en cuestiones de honor por Alberto del Canto.

La historia de Monterrey y Saltillo comparten, la que las ha llevado a fecundos encuentros y la que cada una por su cuenta ha realizado, es más profunda y positiva que los agravios cruzados y sentidos entre los que salieron en 1596 de aquel valle y los que ahí quedaron.

Fundar Nuestra Señora de Monterrey, fue mucho más que repoblar donde otros habían intentado hacerlo.

Requirió audacia y arrojo en Montemayor y en sus seguidores. Confianza en su valer y tomar para sí privilegios y encomiendas dadas a Carvajal, a otros, por el monarca. Significó negociar con la

autoridad virreinal lo nuevamente establecido y entregar total esfuerzo para mantener la vigencia de una ciudad que no lo era y de un reino, delineado apenas con los desconocidos lindes entre la Florida y el Virreinato de la Nueva España.

Venir, fue también forma de escapar a la zozobra ante la justicia real, celosa y persecutoria de toda manifestación del judaísmo.

Salir de Saltillo fue también escapar de la dominante presencia de los tlaxcaltecas, utilizados por el virrey y por la gobernación de la Nueva Vizcaya, para deshacer y recomponer mercedes de tierras y aguas otorgadas por Alberto del Canto.

San Esteban de la Nueva Tlaxcala, establecida en 1591, calle de por medio junto a la villa española disfrutó de grandes privilegios y derechos, sobre todo autonomía, respecto de los saltillenses.

De muchas cosas escaparon de Saltillo, unos, con Gaspar Castañón de Sosa con pretensión de repoblar Almadén, Monclova; otros, con Diego de Montemayor, a repoblar Santa Lucía y fundar Monterrey. Tenían razones y razón para salir, las condiciones de vida para aquellos españoles, vizcaínos y portugueses algunos, se habían estrechado, habían mudado radicalmente. De pronto, se encontraron en situación manejada por extraños, ajena y poco propicia a sus intereses y expectativas.

Y unos salieron: a los que llegaron a Monterrey, el tiempo coronó aquel esfuerzo, los que salieron a Monclova, el tiempo no les alcanzó para triunfar.

Otros, quedaron atrincherados en el lomerío, replegados al oriente de la villa, en la falda de la serranía de Zapalinamé y prestos a escapar, si era necesario, a la montaña por el “puerto” de Arteaga. Estos, fueron los primeros saltillenses, encerrados, hoscós; los que crearon por largo tiempo una cerrada sociedad.

Acá, a Monterrey, llegaron los saltillenses que hicieron camino y que caminando se hicieron regiomontanos y luego nuevoleonés.

Su movilidad ha sido desde entonces incesante. Ha permitido crear una sociedad abierta, plural, tolerante y dinámica, superando

los vicios y manchas de la encomienda y de la congrega; del tiempo culpas.

Caminar, les dio sentido de temporalidad y el tiempo los impulso a buscar horizontes de magnitud. El que camina sabe de lo macro y lo busca.

Los que quedaron, echaron raíces; ellos generaron el sentido de espacio, el de estar. Por esto, sin sentido de temporalidad no escribieron temprano su historia.

Los de allá y los que salieron, buscaron ambos cambios con su decisión, acomodo y posibilidad de participar en la aventura de nueva vida; al decidir y hacerlo en diferente forma, dieron lugar a ritmos y modos distintos.

A partir de la empresa de Diego de Montemayor, desde Monterrey se genera y alienta la historia de Nuevo León y con ella la del primitivo Coahuila, en Monclova, y se irrumpe en la de Texas y en la de Tamaulipas. Tempranamente los rasgos de los regiomontanos dan vida a la imagen del nuevoleonés.

Esta aventura, por crear una nueva vida en estas latitudes reineras, la asumieron hombres y mujeres que a la vez, asumieron el compromiso de crear nueva identidad; hombres de cuyas obras y hazañas hubo un pronto testimonio escrito.

Otra fue la suerte para los de Saltillo. Retener y conservar identidad, en circunstancias nuevas y también difíciles condiciones volvió los ojos a lo íntimo, se dejó de contar lo externo. Aquí y allá, el temple fue el mismo. Largo tiempo pasó para tener allá historia.

Los de “San Esteban de la Nueva Tlaxcala” habían hecho destino en Saltillo. Hombres libres, con dependencia directa al virrey, con derechos a tierras y aguas, a usar armas y sin sujeción ni a clérigos ni a sus vecinos, también eran audaces hombres que habían caminado y adquirido el sentido del tiempo. El suyo, atado a la capitulación real, el de los de Monterrey, tiempo suelto y franco. La diáspora tlaxcalteca a Saltillo y luego la que desde ahí multiplicaron los de San Esteban, está por escribirse y debe hacerse pronto;

es una historia indispensable para integrar la del noreste.

Junto aquellos altivos tlaxcaltecas se fue dibujando penosamente la identidad de los saltillenses. La historia la hacían los que caminaron desde Tizatlán; los que levantaron huertos y sementeras, los que abrieron acequias y plantaron frutales. La historia la hacían ellos, que salían a poblar y a colonizar, de General Cepeda y Parras, hasta la Laguna; y por el norte a Monclova, San Buenaventura, Nadadores y Candela; y a Texas y a Nuevo León.

Los de Saltillo, conservaban identidad, por largo tiempo, los tlaxcaltecas hacían caminos. Luego a paso lento y de la mano con el pueblo, la villa de españoles se abrió a un complicado despegue propio. A raíz del enconado litigio por las tierras de Monclova, entre los del Nuevo Reino de León y los de la Nueva Vizcaya, Saltillo perdió su acta de nacimiento. La tuvo en sus manos Martín de Zavala, para fijar límites a sus fundaciones. La refiere Luis de Valdés, Gobernador de la Nueva Vizcaya al alegar jurisdicciones. Sin acta de nacimiento, la identidad de aquellos saltillenses fue borrosa.

Monterrey tuvo la suya desde su primer momento y esto motivó de siempre el fortalecimiento y sustento en los regiomontanos; su espíritu emprendedor, su hospitalidad generosa y su solidaridad.

El perfil saltillense no acaba aún de dibujarse; en el trazo se han colado rasgos de la recia cultura tlaxcalteca y a medida que Saltillo avanza en su integración a Coahuila, otros rasgos se le incorporaron. La apertura, en el último tercio del siglo XX que se ha dado en la ciudad hace más complejo este proceso. El de Saltillo seguirá siendo un perfil esbozado, urgido aún de afirmación.

Condiciones favorables para tenerlo se dieron a partir del siglo XVIII, cuando el Imperio español, instrumentó reformas políticas y económicas, buscando salir de crítica situación frente a otras potencias europeas.

Entre otras medidas, se decidió impulsar la colonización del inmenso territorio norteño, amenazado ya por ingleses y franceses, además amplio corredor de contrabandos.

También se decidió poblar las tierras de frontera con los indios en el Bolsón de Mapimí. El noreste se convulsionó y se transformó: empresarios de Querétaro asumieron la colonización del Nuevo Santander y Tamaulipas cobró forma en el noreste junto a Nuevo León, Coahuila y Texas. Los nuevoleonenses, los coahuilenses y los de Saltillo, se desplazaron en gran migración interna. Los noresteneses antiguos, los nuevoleonenses, se movieron de nuevo para poblar y colonizar; aquellos íres y venires, agudizaron enfrentamientos con los indígenas.

Los de Saltillo fueron protagonistas. Habían creado raíces y ahora recorrieron caminos, desarrollando sentido de comunidad frente a lo extraño, frente a otros. Caminar les llevó a intercambios propicios para madurar social y políticamente. Los de Monterrey, habían hecho camino, ahora echaban sólidas raíces.

Las reformas habían creado una nueva división política en el Virreinato y acorde con ella se dio nueva división eclesiástica. En Monterrey se estableció la sede de la diócesis flamante y con ella el Real Tridentino Seminario Conciliar, institución, la única de alto vuelo para la juventud entonces de las Provincias de Oriente, se afirmaba el papel nuclear de esta ciudad en el noreste.

Los de Saltillo, al impulso político de las reformas prevalecieron por vez primera, sobre los de San Esteban de la Nueva Tlaxcala, Estos no lograron prever el alcance de las medidas borbónicas y perdieron su autonomía, con ella, al poco tiempo sus espacios públicos y luego tierras y aguas comunales. Finalmente integrado a Saltillo desaparece el pueblo.

Monterrey enraizaba instituciones, mientras que Saltillo y la parte sur de lo que hoy es Coahuila, Parras y la Laguna dejaban de pertenecer a la Nueva Vizcaya, Monterrey enraizaba en el noreste y Saltillo irrumpía en Coahuila, cuya capital era Monclova. Saltillo era la más poblada y organizada políticamente, las demás poblaciones de la entidad estaban desgastadas por la lucha contra los grupos indígenas. Las lejanas disposiciones de reforma habían puesto

a Saltillo en posibilidad de ser núcleo de Coahuila, un Coahuila, al norte ligado con mucho al noreste, configurado desde Nuevo León.

Miguel Ramos Arizpe, alumno fundador en el Seminario de Monterrey, refiriéndose al noreste, señalaba en las Cortes de Cádiz:

La naturaleza al paso que las unió entre sí, haciéndolas comunicables por espaciosas llanuras como por el curso de sus ríos y la producción de diferentes frutos en ellas, que hace necesario su tráfico le ha impuesto límites impenetrables respecto de la Nueva España e Internas del Poniente....

En aquel aislamiento, la región así significada, giraba ya en torno a Monterrey.

Ramos Arizpe y Fray Servando Teresa de Mier Guerra y Noriega, norestenses de entonces, saltan hasta el horizonte nacional y encumbran momentos decisivos para la independencia de México.

Pragmático, como si fuera regiomontano, Ramos Arizpe da forma definitiva al Acta Constitutiva del Federalismo en 1824. Cautó como si hubiera sido saltillense, Fray Servando, también federalista y profundo conocedor de la realidad política heredada de la Colonia, señalaba los riesgos de aquel federalismo, que con audacia y confianza en la igualdad natural, sentaba Ramos Arizpe.

Es el de Mier un federalismo atento al inevitable centralismo histórico de la Colonia. Con esta disyuntiva, en donde finalmente predominó la tesis del Chantre y se hizo realidad el vaticinio del regiomontano, se abrió desde el siglo XIX, una serie de encuentros y desencuentros entre los saltillenses, ya capital su ciudad y los regiomontanos preponderantes también ya en el noreste.

Nuevo León crece, se conforma y expande a partir del esfuerzo de Monterrey. Coahuila es la presencia de varias regiones con núcleo propio cada una, con tiempos y ritmos también propios y distintos. Piedras Negras en la frontera; la región Carbonífera en el centro, Torreón en la Laguna y Saltillo en el sureste.

Tres de estas regiones se integran, dinámicas, en la segunda mitad

del siglo XIX alentadas por la minería, por el paso del ferrocarril y por las inversiones en el algodón. Frente a las centenarias ciudades de Saltillo y de Monclova, las jóvenes, Torreón, Sabinas y Piedras Negras con vida propia quieren vuelo propio.

La identidad histórica de Saltillo la toma en su lucha por integrarse; primero frente a los tlaxcaltecas y luego a Coahuila; y ya capital de la entidad, su lucha por mantener integradas las desacompañadas regiones de la entidad. Difícil tarea. La lucha contra Estados Unidos, el resultado de esa guerra, obligaron a reorganizarlo todo. Lo que había sido gobierno coahuiltecano desapareció. Había que empezar todo, Constitución, finanzas y sobre la realidad política de los ayuntamientos y las jefaturas políticas, acreditar al estado, y encima de todo seguir combatiendo a los indios, refugiados en el Bolsón de Mapimí. Lo andado, desde 1824 no contó y a empezar de nuevo, ahora bajo el liderazgo de Santiago Rodríguez.

Los ayuntamientos, carentes de recursos, agobiados, pensaron en un camino corto para tener gobierno; más corto y eficaz que el propuesto por Rodríguez: sumarse políticamente a Nuevo León, donde gobernaba Santiago Vidaurri.

Hubo quienes se opusieron, pero no lograron impedir la anexión, desde luego, con la simpatía y actividad de Vidaurri. Luego del choque de voluntades entre el cacique fronterizo y el abanderado de la República, Juárez decreta que Coahuila reasuma su independencia. Una vez más, una decisión externa, ahora del ejecutivo federal, permitió a Saltillo su afirmación histórica, creando un sólido lazo hacia las instituciones nacionales.

El encuentro político con el Porfiriato, se dá con el noreste más que con las entidades que lo integran. Bernardo Reyes, desde Monterrey prolonga aquella presencia a las tres entidades. En Coahuila se venían desarrollando dos ejes, uno educativo, articulado al Ateño Fuente y otro, para construir caminos. Los dos finalmente integradores.

En Nuevo León se dio una gran expansión industrial, comercial

y financiera. Su dinámica, alcanzó a la región y desbordó el noreste. Monterrey fue presencia permanente en el país.

Aquella modernidad produjo vacíos políticos y marginación social, que encontraron eco en la periferia de Coahuila, en la región lagunera, en la frontera, en el desierto, allá se dieron las luchas de magonistas, de maderistas y las primeras magonistas, de maderistas y las primeras de los carrancistas, contra el gobernador Garza Galán.

Antes de estos hechos, casi a finales de siglo, Esteban L. Portillo publicó una *Historia de Coahuila y Texas*, primera intentona por articular la memoria histórica de la entidad.

La revolución hizo protagonistas a miles y movilizó nuevamente a los del noreste, unos en un bando, otros en el contrario, desde todos se hizo y se acumuló la historia. Personajes, acciones, instituciones y hazañas, se apilaron sobre la historia anterior, había mucho que escribir, pero antes, había que reconstruir y modernizar al país.

El eje de la modernización, en el noreste, lo dictó desde Monterrey Aarón Sáenz. También en lo educativo, a nivel nacional, otro regiomontano Moisés Sáenz, impulsó la educación rural y creó la escuela secundaria que luego expandió las preparatorias e hizo necesarias las universidades.

En Coahuila, la modernización federal alentó el crecimiento y desarrollo de la Comarca Lagunera. Allá la infraestructura hidráulica, allá el reparto agrario. Allá todo el linaje a las reivindicaciones revolucionarias. Torreón exigió ser capital del estado, no sin razón, núcleo de un impulso financiero y político, incluso, se pensó y aún se piensa, en formar el “estado de la Laguna”.

Ha sido prioritario siempre mantener la integración de Coahuila y desde los años treinta de este siglo, hacerlo con vigencia. La educación y la cultura han sido los ejes para lograrlo.

La creación de la Universidad del Norte en Monterrey, origen de la de Nuevo León y detonador de decenas de instituciones de educación superior, se debatió en ejemplar proceso, antes de instalarla.

Acá se discutió el rumbo ideológico de la casa de estudios; allá

en monumental esfuerzo, Vito Alessio Robles escribió la historia de Coahuila y en torno suyo, nació un grupo político y cultural que articuló y tejió hilos, anudó y mantuvo unido a Coahuila.

Cuando llegan los tiempos del recuento y estos lo son, cuando otra modernidad impone perspectivas, Nuevo León llega al nuevo milenio con múltiples visiones de su memoria histórica. Desde la de Alonso de León, la de Gonzalitos, la de Cossío, la de Roel hasta la del propio Israel Cavazos y la de jóvenes que se agrupan en el tecnológico y en la universidad para investigarla y escribirla.

No quiero dejar de lado, en este esfuerzo de gran aliento que aquí se realiza para mantener viva y presente la memoria histórica, el trabajo de quienes en momentos de transición, ante urgencias de tiempos cortos y para que no se pierdan rumbo y perspectiva, compendían la historia de Nuevo León, y profundizar su cauce, tal y como una vez Alfonso Reyes lo hiciera, con la historia de México. Y aquí otra vez los nombres de Gonzalitos, de David Alberto Cossío y de Israel Cavazos y también el de don Raúl Rangel Frías, con su extraordinaria *Teoría de Monterrey* y con su *Teorema de Nuevo León*, éstos sí, muy cercanos al *México en una Nuez*, de Alfonso Reyes.

Camino de constante ida y vuelta los de estas historias breves; reclaman amplio análisis y síntesis al extremo.

A Saltillo y a Monterrey los unen muchos aspectos de su desarrollo. Cada uno, a su tiempo y paso, caminó y echó raíces, o enraizó y luego se extendió y extendió fronda.

Es innegable la fuerte presencia regiomontana en el noreste. Hay que reconocerla y con el esfuerzo propio, enriquecerla y complementarla. La consolidación de esta común región de afanes, el noreste, es tarea de todos, los saltillenses también somos parte del noreste.

Saltillo y Monterrey, cada una con su historia y las dos con la historia que comparten, han contribuido en mucho a integrar la historia del noreste de México. Una historia de esfuerzo, tesón y voluntad, para crecer en lo económico, para producir y convivir.

La cultura las ha enlazado y sigue enlazándolas en la educación. Las ideas de fraternidad y libertad que alientan las mejores causas de sus generaciones, derivan de un modo de ser común a los nacidos en Nuevo León, en Coahuila y en Tamaulipas. Muchos en Monterrey, en el de hoy, dejaron padres y abuelos en Saltillo. Muchos en Coahuila han entregado hijos y nietos para que Nuevo León prospere y crezca. Es hora de conciliar la memoria de una historia en mucho compartida y desde ese testimonio, escribir la historia del noreste de México. Indispensable en ésta es la obra del caballeroso Juan Fidel Zorrilla, estudioso investigador tamaulipeco.

Vivimos urgencias nuevas en el país. Los valores cívicos de nuestra sociedad, nuestras instituciones abiertas al interés general, fortalecerán los caminos amplios e interminables del inicio del nuevo siglo.

Al fin y al cabo y luego de cuatrocientos años de historia, los de Monterrey, como Fray Servando tienen ya mucho de saltillenses y nosotros, como Ramos Arizpe, tenemos ya mucho de regiomontanos.

Me honra la invitación a formar parte de esta Sociedad, es un camino que ya recorrieron entre otros, Ildefonso Villarello y Manuel Neira Barragán, coahuilenses. Lo caminaré, no como ellos lo hicieron, con gran solvencia, si con entero compromiso, y consiente de que en la tarea de escribir la historia del noreste hay mucho que aportar y es tarea que reclama a todos.

He buscado ir desde las historias de Saltillo y de Monterrey, esquematizadas, hasta las historias de Nuevo León y de Coahuila; obras en las que valiosas historias temáticas, de su industria, ganadería, iglesia, cultura y muchas más les han dado amplitud; historias generales las de estas entidades que suman, constantes, las voces de cronistas amorosos, con la de sus pueblos. Historia de lo macro e historia de lo íntimo, van de la mano en nuestro entorno. Recuperémoslas con positiva visión. Mucho hay que caminar aún juntos. Para los de Monterrey y Saltillo, el trecho es aún largo.

